

retirada,—fué porque me habían contado que Jordán pensaba entregarse por completo á sus inventos...

—¡Admirables!—respondió Lucas en el entusiasmo de la convicción.

El coche se detuvo delante de la Crécherie y se apeó Froment; dió las gracias y se encontró á solas. Temblaba, conmovido por un gran estremecimiento causado por aquellos dos días, que el destino benéfico le había hecho vivir, desde su llegada á Beauclair. Había visto las dos faces de este mundo execrable, cuyo armazón crujía podrido. Y la miseria de los unos, la riqueza emponzoñada de los otros. El trabajo, mal pagado, despreciado, distribuído injustamente, no era más que una tortura y una vergüenza, cuando debiera haber sido la nobleza, la salud, hasta la dicha del hombre. Su corazón estallaba, se le abría el cerebro, oprimido por aquella idea que había de nacer, que sentía como una preñez hacía algunos meses. Era un grito de justicia que brotaba de su sér entero, y á la hora presente, no tenía allí otra misión que acudir en socorro de los desgraciados y organizar un poco de justicia sobre la tierra.

IV

Los Jordán iban á llegar al día siguiente, lunes, en el tren de la tarde, á Beauclair. Lucas pasó la mañana vagando por el parque de la Crécherie, de veinte hectáreas á lo más, pero cuya situación excepcional, fuentes bullidoras y admirable verdura hacían de él un rincón del paraíso, célebre en toda la comarca.

La casa era un edificio de ladrillo, bastante estrecho, sin estilo, que el abuelo de Jordán había construído en tiempo de Luis XVIII, sobre el solar del antiguo palacio, quemado durante la revolución, y estaba arrimado al declive de los Montes Bleuses; una muralla escarpada y gigantesca, que formaba un

promontorio á la salida de la garganta de Brías sobre la inmensa llanura de la Rumaña. El parque, abrigado de los vientos del Norte, al Mediodía, parecía una estufa natural en que reinaba una suave primavera. Toda una vegetación vigorosa cubría esta muralla de rocas, gracias á los arroyos que de ella caían por todas partes en cascadas cristalinas, mientras senderos de cabras subían como escaleras abiertas en la roca, entre plantas trepadoras y arbustos siempre verdes. Después los arroyos se juntaban, regaban como río de mansa corriente el parque entero, vastos prados de césped, ramilletes de grandes árboles, de lo más hermoso y fuerte. Jordán que quería dejar esta fecunda naturaleza entregada á sí misma, no tenía más que un jardinero y dos ayudantes, encargados únicamente de la limpieza, con más un huerto y algunos cuadros de flores cultivadas delante de la terraza de la casa.

El abuelo, Aureliano Jordán de Beauvisage, había nacido en 1790, la víspera del terror. Los Beauvisage, una de las más antiguas y más ilustres familias del país, ya habían venido á menos, y de sus inmensos dominios de otros tiempos, no conservaban más que dos alquerías, unidas hoy al territorio de Combettes, sin contar cerca de mil hectáreas de peladas rocas de páramos estériles, toda una ancha faja de la meseta de los Montes Bleuses. No tenía Aureliano tres años, cuando sus padres tuvieron que emigrar, abandonando en una terrible noche de invierno su quinta, que ardía. Hasta 1816 vivió en Austria, donde, golpe tras golpe, perdió á su madre y á su padre, dejándole en espantosa miseria, educado en la ruda escuela del trabajo manual, comiendo cuando lo ganaba, como obrero mecánico empleado en una mina de hierro. Acababa de cumplir veintiséis años, cuando en tiempo de Luis XVIII, al volver á Beauclair, encontró el señorío de sus mayores de nuevo menguado, perdidas las dos alquerías, simplemente reducido el parque actual, pequeño, y fuera, dos mil hectáreas, cubiertas de gujarros, sin valor alguno. La desgracia le había hecho muy demócrata; comprendió que ya no podía ser un

Beauvisage, y en adelante firmó sencillamente Jordán; se casó con la hija de un colono de Saint-Cron, muy rico, y la dote le permitió construir sobre las cenizas del palacio la casa de ladrillos, que su nieto habitaba todavía. Pero convertido en trabajador, con las manos aun negras, se acordó de la mina de hierro de Austria, del horno alto en que había servido; y ya en 1818, buscó y descubrió una mina semejante entre las tristes rocas de su dominio, mina cuya existencia sospechaba, gracias á ciertas narraciones legendarias de sus padres; luego encima de la Crécherie, á media falda, instaló el horno alto, el primero levantado en la comarca. Desde entonces no fué más que un industrial, sin realizar jamás grandes negocios, siempre en lucha, falto del dinero indispensable, y sin más títulos al reconocimiento del país que el de haber traído á él, por causa de su horno alto, los trabajadores de hierro, fundadores de las ricas fábricas actuales, entre otros Blas Qurignón, el tirador que había fundado el Abismo en 1823.

Tuvo Aureliano Jordán un hijo, Severino, pasados los treinta y cinco años; y sólo á su muerte, en 1852, cuando este hijo le reemplazó, el horno alto de la Crécherie llegó á una importancia considerable. Severino se había casado con una señorita llamada Francisca Michón, hija de un médico de Magnolles, en la cual se reveló una mujer de una bondad exquisita, de una inteligencia superior. Llegó á ser la actividad, la sabia prudencia, la riqueza de la casa. Su marido, guiado por ella, amado, sostenido, abrió nuevas galerías en la mina, decupló la extracción del mineral y reconstruyó casi el horno alto para dotarle de todos los perfeccionamientos conocidos. De modo, que con la gran fortuna que ganaron, sólo tuvieron la tristeza de verse sin hijos. Llevaban diez años de casados, y ya Severino tenía cuarenta cuando por fin les nació un hijo, Marcial, y diez años después todavía tuvieron una hija, Sœurette. Esta fecundidad tardía colmó su dicha; la madre sobre todo, fué una madre admirable que dos veces dió vida á su hijo, disputándolo victoriosamente á la muerte, formando su inteligencia, de la propia; su bondad, de su bondad,

El doctor Michón, el abuelo, un soñador humanitario, de una caridad divina, un fourierista y un saint-simoniano de los primeros, se había retirado á la Crécherie donde su hija le había hecho fabricar un pabellón; justamente el que Lucas ocupaba. Allí había muerto entre sus libros y la alegría del sol y de las flores. Y hasta la muerte de la adorable madre, cinco años después de las del abuelo y del padre, la Crécherie vivió en el contento de una prosperidad y de una felicidad constantes.

Marcial Jordán tenía treinta años, y su hermana veinte cuando quedaron solos; cinco hacía de esto. El, á pesar de su escasa salud y de las continuas enfermedades de que su madre le había curado á fuerza de amor, había pasado por la Escuela politécnica. Pero desde su vuelta á la Crécherie, abandonando todas las situaciones oficiales, dueño de su destino gracias á su fortuna considerable, se había apasionado por las investigaciones que abrían al estudio de los sabios las aplicaciones de la electricidad. Hizo construir al lado de la casa de ladrillos un gran laboratorio, instaló bajo un cobertizo próximo una poderosa fuerza motriz, después fué haciéndose poco á poco especialista, y acabó por entregarse casi por completo al sueño de realizar la fundición de los metales en hornos eléctricos, no teórica, sino prácticamente, para la explotación industrial. A partir de este momento, se encerró, vivió á lo monje, sólo para sus experiencias, para su gran empeño, que vino á ser su existencia misma, su razón de ser y de obrar. Su hermanita había reemplazado poco a poco para él á la madre perdida; pronto fué Sœurette su fiel Angel de la Guarda, siempre vigilante, cuidándole, rodeándole del cariño que necesitaba como del aire. Se encargó ella también de dirigir la casa; le evitó cuidados materiales, le sirvió de secretario, de ayudante en las preparaciones, sin ruido, toda paz y dulzura, con tranquilo sonreír. Por fortuna, el horno alto seguía marchando sólo. El antiguo ingeniero Laroche estaba á su frente, hacía más de treinta años, como un legado del fundador, Aurelio Jordán; de suerte que el Jordán actual, enfrascado en sus experiencias de la-

boratorio, podía descuidar completamente las realidades del día. Dejaba al buen señor dirigir el horno alto, según la rutina adquirida, pues él había cesado de pensar en reformas, posibles perfeccionamientos, considerando todo esto como progresos relativos y transitorios sin importancia, desde que buscaba la transformación radical, aquella fundición del hierro por la electricidad, que había de ser una revolución en la industria metalúrgica. La misma Scurette tenía que intervenir á veces, resolver algunas cosas con Laroche, cuando sabía que su hermano estaba preocupado en alguna investigación, y no quería turbarle, distrayéndole en otras atenciones. Pero de repente, la muerte de Laroche acababa de traer tal desbarajuste á la marcha tan regular de las cosas, que Jordán creyéndose bastante rico y sin ambición alguna, se hubiera desembarazado de buen grado del horno alto, iniciando desde luego tratos con Delaveau, cuyo descao conocía, si Scurette, más prudente no hubiese conseguido de él que primero consultaría á Lucas, en quien ella tenía gran confianza. Por esto fué la llamada urgente, causa del repentino viaje del joven á Beauclair.

Lucas conocía á los hermanos Jordán, de haberlos visto en casa de Boisgélín en París, donde habían estado un invierno entero con motivo de ciertos estudios. Muy pronto les había unido una estrecha simpatía, causada en Lucas por la viva admiración que le inspiraba el hermano, cuyo genio científico le apasionaba, y por el profundo afecto, mezclado de respeto, que le atraía hacia la hermana, en quien veía una divina forma de la bondad. Trabajaba entonces también con el célebre químico Bourdin, encargado de estudiar minerales de hierro, demasiado sulfurados y demasiado fosfatados, que se trataba de hacer utilizables; y Scurette, se acordaba de los detalles que Lucas había dado á su hermano, en la conversación de una tarde, cuyo recuerdo estaba en ella vivo, pues como buen ama de su casa, ponía gran interés en lo que importaba á sus asuntos personales. Hacía más de diez años que la mina descubierta sobre la meseta los Montes Bleuses, por Aureliano Jordán, el abuelo, estaba abandonada, porque se había llegado á dar con

filones abominables en que el azufre y el fósforo dominaban de tal manera, que el mineral fundido no daba para pagar los gastos de extracción. Había, pues, cesado la explotación de las galerías; el horno alto de la Crécherie estaba ahora alimentado por las minas de Granval, cerca de Brías, de las cuales un ferrocarril de vía estrecha traía el mineral, bastante bueno, hasta la plataforma del cargadero, lo mismo que traía el carbón de otras minas próximas. Pero esto ocasionaba grandes gastos; Scurette pensaba con frecuencia en aquellos métodos químicos que acaso permitirían volver á explotar la mina, según lo que Lucas había dicho; y en su deseo de consultarle antes que su hermano tomara una determinación, entraba la necesidad de saber, á lo menos, lo qué se cedería á Delaveau, si mediaba una venta entre la Crécherie y el Abismo.

Los Jordán debían de llegar en el tren de las seis; después de doce largas horas de viaje, y Lucas fué á la estación á esperarlos, aprovechando el coche que les iba á buscar. Jordán pequeño, ruin, de rostro largo y apacible, de expresión vaga, á que servían de marco cabellos y barba de un castaño descolorido, bajó del coche envuelto en un largo abrigo de pieles; á pesar del calor de aquel hermoso día de Septiembre. Fué el primero que distinguió á Lucas, con sus ojos negros muy vivos y muy penetrantes, donde parecía haberse refugiado toda la energía de su sér.

—¡Ah! ¡mi querido amigo, cuánto le agradezco que nos haya esperado...! ¡No se puede dar idea de tanta catástrofe; aquel pobre primo, tan sólo, tan lejos, que hubo que ir á enterrar; y yo que aborrezco los viajes!... En fin, ya se ha acabado; ya estamos aquí.

—¿Y con salud y sin demasiado cansancio?—preguntó Lucas.

—No, no mucho. Felizmente he podido dormir.

Scurette, después de estar segura de que no se había olvidado ninguna de las mantas llevadas por precaución, se acercó á ellos. No era bonita, también pequeña, pálida, sin color, de una insignificancia de

mujer que se resignaba á su papel de buena ama de casa y de enfermera.

Sin embargo, una suave sonrisa iluminaba con infinito encanto su rostro sin expresi3n, donde no habfa nada hermoso m3s que unos ojos apasionados, en el fondo de los cuales ardfa toda la necesidad de amor que en ella se ocultaba, sin saberlo. Todavfa no habfa querido á nadie m3s que á su hermano; le amaba como una niña encerrada en un claustro, que sacrificaba á su Dios el mundo. Al punto, antes de dirigirse á Lucas, exclamó:

—Atiende, Marcial, debieras ponerte el pañuelo.

Luego, volviéndose á Lucas, le manifestó con mucha amabilidad su viva simpatía.

—Tenemos que pedirle á usted mil perdones, señor Froment. ¿Qué habrá usted pensado de nosotros, no encontrándonos aquí á su llegada!... Pero al menos ¿ha estado usted á gusto en casa? ¿Le han cuidado bien?

—Admirablemente; vida de príncipe.

—¡Oh, buena es esa!... Al marchar habfa tenido buen cuidado de dar las órdenes necesarias para que nada le faltase. Pero así y todo, no estaba yo aquí; no podía vigilar, y no sabe usted cómo se me ha podrido la sangre, con la idea de haberle abandonado á usted así, en nuestra pobre casa vacfa.

Habfan subido al coche, y continuó la conversaci3n. Lucas acabó de tranquilizarles, jurándoles que habfa pasado dos días muy interesantes para él, según les contarfa más tarde. Al llegar á la Crécherie, aunque ya era de noche, Jordán miró en torno suyo tan contento de volver á su existencia acostumbra da, que lanzaba gritos de alegría. Parecfa verse allí después de una ausencia de muchas semanas. ¿Cómo se podía encontrar gusto en andar por esos caminos, si toda la felicidad humana quedaba en el rinc3n estrecho en que se piensa, en que se trabaja, libre el alma del cuidado de vivir, por la ventaja del hábito? Esperando á que Sœurette hiciera servir la comida, corrió á lavarse con agua tibia, y se empeñó en llevar á Lucas á su laboratorio, con ansia de verse él mismo en él; y decfa con su plácida risa, que no comerfa

bien, si primero no respiraba un poco el aire de la estancia en que pasaba la vida.

—Amigo mío, este es mi olor favorito. Palabra que sí... De todos los olores, el que más me gusta es el de la habitaci3n en que trabajo... Este olor me encanta y me fecunda.

Era el laboratorio una gran sala muy alta de techo, construída de hierro y de ladrillos, cuyos anchos huecos daban sobre los verd3res del parque; una mesa muy grande estaba en el medio, cargada de aparatos, y guarnecfan las paredes multitud de complicados utensilios, con más, modelos, bocetos de proyectos, reducciones de hornos eléctricos en los rincones. De un extremo á otro de la sala, por el aire, una red de cables y de hilos, conducfa la fuerza desde el próximo cobertizo en que estaba la máquina y la distribuía por los aparatos, útiles y hornos, para los experimentos. En medio de esta severidad científica, un poco ruda, se habfa destinado, delante de uno de los huecos, cierto espacio, para una especie de blando refugio, un rinc3n de suave intimidad, con estantes bajos de libros, muelles butacas, el diván en que Jordán dormitaba á horas señaladas y la mesita en que se sentaba su hermana, velándole, colaborando como fiel secretario.

Jordán dió vuelta á un botón, y toda la sala se alegró con una ola de luz eléctrica.

—Héme aquí; decididamente no estoy bien más que en mi casa... Y mire usted, el accidente que me ha obligado á estar fuera tres días, vino justamente en el instante en que un experimento me apasionaba. Volveré á la carga... ¡Dios mío, qué bien me siento!

Y continuaba riendo, más colorado, más animado que de costumbre, tendiéndose á medias sobre el diván, en una postura como para soñar, que le era familiar. Obligó á Lucas á sentarse junto á él.

—Diga usted, querido mío, ¿no le parece que nos queda tiempo para hablar de estas cosas que me han hecho desear tanto el verle, que me han decidido á hacerle venir? Además, es necesario que mi hermana esté presente, porque es excelente consejera, y si usted quiere, lo dejaremos para después de comer, para

los póstrés... ¡Ah! qué placer tenerle á usted aquí en frente de mí y poder decirle, entre tanto, cómo van mis investigaciones. La cosa no va muy deprisa; pero trabajo, ya lo sabe usted, esto es lo importante; basta que se trabaje dos horas al día para conquistar el mundo.

Y habló el silencioso, expuso sus trabajos que no confiaba á nadie, excepto á los árboles del parque, como decía en broma. El horno eléctrico, para la fundición de metales, estaba encontrado, y, por lo pronto, sólo había buscado su aplicación práctica para fundir mineral de hierro. En Suiza, donde la fuerza motriz de los torrentes permite instalaciones poco costosas, había visto hornos que fundían el aluminio en condiciones excelentes. ¿Por qué no había de fundirse también el hierro? No se trataba, si se quería resolver el problema, más que de aplicar los mismos principios á un caso determinado. Los hornos altos actuales, no producen apenas más que mil seiscientos grados de calor, mientras que se obtenían dos mil con los hornos eléctricos, lo que daría una fundición inmediata y completa, de una perfecta regularidad. Había examinado sin esfuerzo el horno, tal como lo concebía, un simple cubo de ladrillos, de dos metros por todos sus lados, y dentro, el hogar y el crisol de magnésio, la más refractaria de las tierras conocidas. Había también calculado y determinado el volumen de los electrodos, dos gruesos cilindros de carbón, y su primera invención positiva consistía en haber comprendido, que podría tomarles directamente el carbono necesario para desoxigenar el mineral, de suerte que la operación de la fundición se simplificaría mucho, casi sin escorias, que estorbaban. Pero si el horno estaba construido, por lo menos en estado de bosquejo, ¿cómo ponerle en marcha, hacerle funcionar, de modo práctico y constante, según las necesidades industriales?

—¡Ahí tiene usted!—dijo señalando un modelo en un rincón del laboratorio.—Ese es mi horno eléctrico. Sin duda habría que perfeccionarle; tiene varios defectos, dificultades que todavía no he podido resolver. Con todo, tal como usted lo ve, me ha dado barras de

excelente fundición, y creo que una batería de diez hornos así, trabajando durante diez horas, darían la labor de tres hornos altos como el mío, que no se apagarían ni de día ni de noche. ¡Y qué fácil tarea, sin inquietud de ninguna suerte, dirigida por niños, dando vuelta á simples botones!... Pero debo confesar que mis barras fundidas me han costado tan caras como si fuesen lingotes de plata. De modo que el problema se plantea muy claramente; mi horno no es todavía más que un juguete de laboratorio; no existirá para la industria, hasta el día en que pueda alimentarle de electricidad con abundancia á precios de fábrica, bastante bajos, que hagan remuneradora la fundición del mineral de hierro.

Siguió explicando cómo hacía seis meses dejaba á su horno descansar, entregado por completo al estudio del transporte de la fuerza eléctrica. ¿No sería ya una economía quemar el carbón á la salida misma de la mina, y después enviar la fuerza eléctrica por cables á las fábricas apartadas que lo necesitasen? También aquel era un problema, cuya solución buscaban muchos sabios hacía algunos años, y lo malo era que todos tropezaban con que se desperdiciaba una fuerza considerable.

—Todavía acaban de hacerse experimentos—dijo Lucas con aire de incredulidad.—Yo creo que no hay economía posible.

Jordán sonrió con la suave terquedad, la fe invencible que ponía en sus investigaciones, durante los meses y meses que á veces le costaba la verdad menos importante que necesitaba afirmar.

—Jamás hay que creer, hasta aduquirir la certidumbre... Yo he obtenido ya buenos resultados; algún día se almacenará la fuerza eléctrica, se canalizará, se dirigirá sin pérdida alguna. Si necesito veinte años, ¡corriente! dedicaré á ello veinte años. Es muy sencillo; se vuelve á la tarea todos los días; mientras la cosa no parece, vuelta á empezar. ¿Si no volviera á la carga, qué iba á ser de mí?

Había dicho aquello con un aire de tan cándida grandeza, que Lucas se sintió conmovido, como ante el arranque de un héroe. Y le reparaba, tan menudo,

tan ruin, con su pobre salud siempre comprometida, tosiendo, agonizando, bajo abrigos y pañuelos, en medio de aquella inmensa sala, llena de gigantescos aparatos, atravesada por hilos que conducían el rayo, cada día más colmada del colosal trabajo de aquel ser menudo que allí se paseaba, se esforzaba, se encarnizaba en su empeño, como un insecto perdido entre el polvo del suelo. ¿Dónde encontraba, no sólo la energía intelectual, sino también el vigor físico para emprender y llevar á cabo trabajos considerables que parecían exigir muchas existencias de hombres fuertes y muy sanos? Y con qué trotecillo andaba, y cómo apenas respiraba, y sin embargo levantaba un mundo con aquellas manitas débiles de niño enfermo.

En esto se presentó Sœurette diciendo risueña:

—Qué es esto, ¿no vienen ustedes á comer?... Mira, Marcial, voy á cerrar el laboratorio con llave si no eres razonable.

El comedor, lo mismo que el salón, dos estancias bastante pequeñas, tibias y suaves como nidos cuidados por un corazón de mujer, daban á la verde llanura, sobre un horizonte de praderas y tierras de labor que llegaban á las confusas lontananzas de la Rumaña. Pero á tal hora, ya de noche, las cortinas estaban corridas, á pesar de la suave temperatura. Lucas pudo notar otra vez los minuciosos cuidados que la joven prodigaba á su hermano. Seguía éste un régimen complicado, que tenía sus platos particulares, su pan, hasta cierta agua que se le templaba ligeramente. Comía como un pájaro, se levantaba y se acostaba temprano como las gallinas, personas de buenas costumbres. Luego, durante el día, había cortos paseos, ratos de descanso, siestas, entre las horas de trabajo. A los que se asombraban de la prodigiosa labor que producía, creyéndole un héroe de laboriosidad, un verdugo de sí mismo, ocupado día y noche, les respondía que trabajaba apenas tres horas al día, dos por la mañana y una por la tarde, y que todavía por la mañana dividía su tarea, poniendo por medio un rato de recreo, porque no podía fijar la atención más de una hora, sin sentir vértigos, como si la cabeza se le vaciase. Jamás había podido dar más de sí,

su fuerza estaba en la voluntad, en la tenacidad, en la pasión por el trabajo presente, que engendraba y llevaba adelante con toda su bravura intelectual, aunque la preñez durase años, una vez concebida la idea. Así encontró Lucas respuesta á la cuestión que muchas veces había planteado, la de saber dónde encontraba Jordán, tan poca cosa, fuerza para sus enormes trabajos.

No la encontraba más que en el método, en el empleo prudente y razonado de sus medios, por pequeños que fuesen. Hasta utilizaba su debilidad, hacía de ella un arma contra el desorden que pudiera venir de fuera. Pero sobre todo, quería siempre lo mismo, daba á la tarea todos los minutos de que disponía, y esto sin desaliento posible, sin cansancio, con la fe lenta, continua, obstinada, que levanta las montañas. ¿Quién sabe el mundo de labor que se amontonaba, cuando se trabajaba sólo dos horas al día, con trabajo útil, decisivo, no interrumpido jamás por el capricho y la pereza? Es el grano de trigo que llena el saco, es la gota de agua que hace al río desbordarse. Una piedra tras otra, el edificio sube, el monumento crece por encima de las montañas. Así era cómo este hombrecillo enclenque, envuelto en mantas, que todo lo bebía templado, so pena de constiparse, construía la obra más vasta, por un prodigio de método y de adaptación personal, no consagrándole más que las escasas horas de salud intelectual conquistadas á su decaimiento físico.

Reinó la cordialidad durante la comida, entre sonrisas. En toda la casa hacían el servicio mujeres, porque el de los hombres le parecía á Sœurette demasiado estrepitoso, demasiado brutal para su hermano. El cochero y el mozo de cuadra buscaban ayudantes, en ciertos días fijos de gran apuro. Y las criadas, escogidas con gran cuidado, de aspecto agradable, de manos suaves y discretas, aumentaban la paz dichosa de la tranquila morada, sólo abierta á muy pocos íntimos. Había aquella noche una sopa substanciosa, un barbo pequeño en manteca, de Mionna, un pollo asado, una ensalada de legumbres, manjares bien sencillos, para celebrar la vuelta de los amos.

—¿De veras, no se ha aburrido usted mucho desde el sábado?—preguntó Scurette á Lucas, sentados ya los tres á la mesa.

—Le aseguro á usted que no—respondió el joven.—Además, no saben ustedes lo muy ocupado que he estado.

Y les contó, primero, lo de la noche del sábado, la sorda rebelión en que había encontrado á Beauclair; el pan robado por Nanet, la detención de Lange, su visita en casa de Bonnair, víctima de la huelga; pero por un singular escrúpulo que no se explicaba más tarde, no habló de su encuentro con Josina, no la nombró siquiera.

—¡Pobre gente!—dijo la joven con lástima.—Esta espantosa huelga les ha tenido á pan y agua, y gracias los que tenían pan... Qué hacer, cómo socorrerles. La limosna es un alivio ínfimo, y no puede usted figurarse cuánto me he atormentado, durante estos dos meses, al vernos en una impotencia tan radical, á nosotros los ricos y felices.

Era una «humanitaria», discípula del abuelo Michón, el viejo doctor fourierista, saint-simoniano, que de pequeña la ponía sobre sus rodillas para contarle cuentos que él inventaba, de falansterios fundados en islas afortunadas, de ciudades en que los hombres realizaban todos sus sueños de ventura, en una eterna primavera.

—Qué hacer, qué hacer—repetía angustiada, fijando los hermosos ojos piadosos y suaves en Lucas.—¡Y ello, hay que hacer algo!

Entonces Lucas, vencido por la emoción, dejó escapar este grito del alma:

—¡Ah, sí! ya es tiempo, hay que hacer algo.

Pero Jordán movió la cabeza; en su existencia claustral, de sabio, jamás se ocupaba en política. La despreciaba mucho, claro que con justicia, porque al fin, es necesario que los hombres atiendan á la manera de que se les gobierna. Sólo que desde la altura de lo absoluto, en que vivía, consideraba como despreciables los acontecimientos, accidentes de un día, simples vaivenes del camino. Según él, la ciencia únicamente conducía á la humanidad hacia la verdad y la jus-

ticia, á la final ventura, á la ciudad perfecta del porvenir; á que se dirigen los pueblos con marcha tan lenta y angustiosa. Así que, para qué preocuparse por los demás; ¿no bastaba que la ciencia adelantase? ¡y pese á todo, adelantaba; cada una de sus conquistas era definitiva! Al cabo, cualesquiera que fuesen las catástrofes del camino, allí estaba la victoria de la vida, habiendo cumplido por fin la humanidad su destino. Y aunque muy amable y compasivo como su hermana, se tapaba los oídos ante la batalla contemporánea, se encerraba en su laboratorio, donde fabricaba, decía, felicidad para mañana.

—Obrar—declaró á su vez,—el pensamiento, es un acto, y el más fecundo que pueda influir sobre la tierra. ¿Sabemos las semillas que están camino de germinar?... Si todos esos desgraciados me desgarran el alma, no por eso me inquieto, porque la cosecha vendrá forzosamente á su hora.

Lucas, no queriendo insistir, en el estado de espíritu febril y turbado en que se encontraba él mismo, contó en seguida los sucesos del domingo, el convite de la Guerdache, el almuerzo á que había asistido; habló de las personas que había visto allí, de lo que había hecho y de lo que se había dicho. Comprendió perfectamente que hermano y hermana oían aquello con frialdad, sin interés por toda aquella gente.

—Desde que están en Beauclair, vemos raras veces á los Boisgelin—manifestó Jordán, con su tranquila franqueza.—En París habían estado muy amables; pero aquí vivimos tan retirados, que el trato, poco á poco, ha cesado casi. Luego, hay que decirlo, nuestras ideas y nuestros hábitos son muy diferentes. En cuanto á Delaveau, es mozo inteligente y activo, entregado á su negocio, como yo al mío. Y he de añadir, que me causa terror la buena sociedad de Beauclair; hasta el punto que le cierro la puerta á cal y canto, muy satisfecho con verla indignada, y quedar aislado, como loco peligroso.

Scurette se echó á reír.

—Marcial exagera un poco; yo recibo á Marle, el cura, excelente persona, así como al doctor Novarre, y al maestro Hermeline, cuya conversación me inte-

resal. Aunque es cierto que nuestras relaciones con los amos de la Guerdache son de cumplido, no por eso es menor mi sincera amistad con la señora de Boisgelin, tan buena y tan amable.

Jordán se divertía en dar broma á su hermana algunas veces.

—Dí entonces que soy yo quien hace huir á la gente, y que si no fuese por mí, abrirías la puerta de par en par.

—¡Pues ya lo creo!—exclamó ella, también en broma.—Aquí se hace lo que tú quieres. ¿Quieres que dé un gran baile, y que invite al Sub-Prefecto Chatelard, á Gourier, el alcalde, al presidente Gaume, al capitán Jollivet, á los Mazelle, á los Boisgelin, á los Delaveau?... Tú romperás la marcha, bailando con la señorita Mazelle.

Y siguió la broma; muy contentos aquella noche con su vuelta al nido fraternal, y con la presencia de Lucas. Después, á los postres, la gran cuestión sería se abordó por fin. Las dos criadas, tan mudas, tan ágiles, se habían marchado, pisando con suelas de fieltro que no hacían ruido. Y el comedor apacible tenía la infinita suavidad de la intimidad cariñosa, en que corazones y cerebros se abren libremente.

—He aquí, amigo mío—dijo Jordán,—lo que yo deseo de su amistad de usted... Usted estudiará la cuestión y me dirá, sencillamente, lo que haría en mi caso.

Explicó todo el asunto, y en qué disposición de ánimo se encontraba. Hacia mucho tiempo que se habría deshecho del horno alto, si la explotación no marchara, por decirlo así, sola, guiada por la rutina. Las ganancias seguían siendo suficientes, pero esto no le importaba, porque se creía bastante rico; por otra parte, para doblarlas y triplicarlas, hubiera sido necesario renovar una parte del material, mejorar el producto, en una palabra, dedicarse al negocio por completo. Eso era lo que él no podía ni quería hacer; tanto más, que aquellos hornos altos antiguos, de un método, según él infantil y bárbaro, no le interesaban, no podían serle de ninguna utilidad, para los experimentos de fundiciones eléctricas que eran su pa-

sión. Había dejado su horno alto seguir como hasta allí, pensando en él lo menos posible, esperando la ocasión de no pensar en él absolutamente.

—Ya me comprende usted, ¿no es eso?... Y en esto, de repente, muere Laroche, el buen viejo, y toda la explotación y todos los cuidados caen sobre mis espaldas. No puede usted imaginar lo qué habría que hacer, si se quisiera tomar la cosa en serio; la vida de un hombre apenas bastaría. Y es el caso, que hoy por nada del mundo abandonaré mis estudios, mis investigaciones. De modo que lo mejor es vender, y estoy casi resuelto; pero me importa conocer primero la opinión de usted.

Lucas le comprendía, todo aquello le parecía razonable.

—No hay duda—respondió,—que usted no puede cambiar su trabajo, toda su existencia. Usted y el mundo perderían mucho. Sin embargo, reflexione más, acaso haya otras soluciones... Y además, para vender, hace falta quien compre.

—¡Oh!—replicó Jordán,—eso lo tengo... No es cosa de ayer mañana el deseo de Delaveau, que sueña con juntar el horno alto de la Crécherie á su fábrica de aceros, el Abismo. Ya me ha tanteado; no tendría más que mover un dedo.

Al nombre de Delaveau, hizo Lucas un movimiento brusco, pues, al fin, se explicaba por qué aquél se había mostrado tan inquieto, tan apremiante en sus preguntas. Y como el huésped, que sorprendió el gesto, le preguntase si tenía algo que decir contra el director del Abismo:

—No, no—continuó Lucas,—le creo, como usted, un hombre inteligente y activo.

—Eso es—continuó Jordán,—el negocio estaría en manos expertas... Me temo que habría que admitir ciertos arreglos, aceptar pagos á muy largos plazos, porque le falta dinero; Boisgelin ya no tiene capital disponible. Pero poco me importa; puedo esperar, me bastarían garantías sobre el Abismo.

Y tras una pausa, mirando á Lucas de frente, concluyó: